

y para los demas, luz, fuerza, resignacion, ánimo, esperanza. Qué cosa tan grande es en consecuencia, la señal de la cruz! esclamaba con fundamento un testigo de sus admirables efectos: *Magna res signum crucis!* (1).

Mañana veremos su eficacia en un nuevo orden de cosas.

1. S. Elig.—De rectitud. Catech., etc., inter op. S. Aug., t. VI.

CARTA XIII.

Diciembre 8.

Efectos de la señal de la cruz en el orden temporal.—Cura todas las enfermedades y aleja todo lo que puede dañarnos.—Devuelve la vista á los ciegos, el oido á los sordos, la palabra á los mudos, el uso de los miembros á los cojos y á los paralíticos, cura las demas enfermedades y resucita á los muertos.

Indijente en el orden espiritual, no lo es ménos el hombre en el orden moral. Su cuerpo y su alma no viven mas que de limosnas. Entre los bienes necesarios al cuerpo, hay dos particulares, querido amigo, que voy á señalarte: La salud y la seguridad. La señal de la cruz procura eficazmente la una y la otra.

La salud. El Verbo eterno es la vida viviente y vivificadora. Hablando de él cuando conversaba

entre los hombres, el Evangelio nos dice estas palabras tan sencillas como sublimes: Emanaba de él una virtud que curaba todas las enfermedades: *Virtus de illo exibat et sanabat omnes*. La historia nos enseña que estas palabras se aplican en toda su estension á la señal de la cruz.

No hay cosa mejor establecida que el que los primeros cristianos se servian de la señal de la cruz para curar las enfermedades. San Cirilo y San Juan Crisóstomo, el uno patriarca de Jerusalem y el otro de Constantinopla aseguran de una manera positiva que la señal de la cruz continuaba en su época, como en tiempo de sus antepasados, curando las enfermedades y las mordeduras de las fieras (1).

Lleguemos á las pruebas. Todos los sentidos del hombre están sujetos á la enfermedad: comencemos por la vista, que es el mas noble. Si en vez de dedicarse á leer continuamente con esmero los autores paganos, los jóvenes estudiaran algunas veces los actos de los mártires, verian en los de San

1. Hoc signum ad hodiernam diem curat morbos.—Catech., S. XIII Chrys., In Math., Hom. 54.

Lorenzo el admirable milagro que la Iglesia canta todavía hoy, *qui per signum crucis caecus illuminabit*.

El ilustre arcediano de Roma habia entrado á la casa del cristiano. Allí se encontraba el ciego Crescencio, que bañado en lágrimas se postró á los piés del santo, diciéndole: “Poned vuestra mano sobre mis ojos, á fin de que os mire.” El bienaventurado Lorenzo dijo profundamente conmovido: Que Nuestro Señor Jesucristo, que ha abierto los ojos del ciego de nacimiento, os dé la luz.” Al mismo tiempo hace la señal de la cruz sobre los ojos de Crescencio, que ve el dia y al bienaventurado Lorenzo, como habia deseado (1).

El sabio Teodoreto relata de su propia madre lo que sigue: “Mi madre tenia un mal en la vista para el que eran inútiles todos los recursos de la medicina. Se habian ojeado todos los volúmenes, interrogado á todos los clásicos, y ninguno daba el remedio aplicable al presente mal. En esto estábamos, cuando vino á ver á mi madre una amiga suya. La habló de un hombre piadoso, llamado Pe-

1. Apud Sur., 10 aug.

dro, contándole un milagro obrado por él. La esposa del gobernador de Oriente, le dijo, tenía el mismo mal que nos. Dirigióse á Pedro, que es de Pérgamo, y la ha curado orando por ella y haciéndole la señal de la cruz.

“Mi madre no perdió ni un instante, corre en busca del hombre piadoso, arrójase y lo conjura á que la cure. Yo no soy, le responde, mas que un pobre pescador y estoy muy lejos de tener cerca de Dios el poder que me suponeis. Mi madre redobló sus ruegos y sus lágrimas, protestando que no se separaría de su lado hasta que no quedara curada.

“Dios, le dice el justo, es el médico de esos males (1). Él siempre escucha á los que creen. También á vos os escuchará no en vista de mis méritos, sino por vuestra fé. Si pues la teneis sincera, verdadera, pura y sin vacilacion, haciendo á un lado á los médicos y á las medicinas, aceptad el remedio que es de Dios.” A estas palabras estiende la mano sobre la vista, hace la señal de la cruz y el mal desaparece.

1. El santo razonaba como Ambrosio Paré, el padre de la cirugía francesa: *yo la curé y Dios la sanó.*

Hechos mas cercanos nos vienen á demostrar que atravesando los siglos no ha cesado la señal de la cruz de ser la mejor oculista. San Eloy, obispo de Noyon, atrevesando uno de los puentes de Paris, cura á un ciego, que en vez de limosna le pide le haga en sus ojos la señal de la cruz (1).

Un milagro análogo tiene lugar durante la vida de San Froberto, abad de un monasterio cerca de Troyes, en Champagne. Era niño aún, cuando su madre, ciega desde hacia muchos años, le sentó en sus rodillas; luego, abrazándolo y acariciándolo le hiciera la señal de la cruz en los ojos. El jóven santo rehusó primero; pero estrechado por las instancias maternas, invocó el nombre del Señor, hizo la señal de la cruz pedida y al instante recobró la vista su madre (2).

En la vida de San Bernardo cita Mabillon mas de treinta ciegos de todas edades y condiciones, en Francia, en Alemania y en Italia, curados en presencia de los reyes y de los potentados, por me-

1. Vida del santo, por S. Ouen, obispo de Ruan, c. 29.
2. Su vida, en el 31 de Diciembre.

dio de la señal de la cruz, hecha en ellos por el Taumaturgo de Clairvaux (1).

Pasemos de la vista al oído y á los demas sentidos. Así como Nuestro Señor, la señal de la cruz hace oír á los sordos y hablar á los mudos. Estamos en el centro de la gran Roma, en el palacio del prefecto. Hállase á nuestra presencia un Oficial, jóven y brillante, llamado Sebastian. Este nombre, ilustre entre todos, nunca se pronuncia en los colegios. Por lo mismo harás saber á tus condiscipulos que San Sebastian era comandante de la primera cohorte pretoriana en tiempo de Diocleciano. Esa dignidad equivale en nuestra época á la de coronel de un regimiento de la guardia imperial.

Dotado de una elocuencia igual á su intrepidez, empleaba los dones de Dios en animar á los mártires que diariamente eran conducidos al pretorio. Un dia, Zoe, esposa del prefecto de Roma, muda desde hacia seis años, tuvo la suerte de asistir á uno de sus discursos. Aunque pagana, quedó tan vivamente conmovida, que se arrojó á los piés del

1. T. II.

santo, tratando de hacerle entender por ademanes, que deseaba ser curada. Fué comprendida. Una señal de la cruz hecha en su boca, le devolvió al instante la palabra, y el primer uso que de ella hizo, fué pedir el bautismo (1).

Dirás tambien á tus condiscipulos que con la misma señal el inmortal abad de Clairveaux, San Bernardo curó una multitud de sordos y de mudos. En Colonia, á una muchacha sorda de hacia algunos años; en Bourdemon á un niño sordo-mudo de nacimiento; en Basilea, á un sordo; en Metz, á un sordo, en presencia de una inmensa multitud; en Constanza, en Spiro, en Maestrich, á sordos y á mudos, en Troyes á una muchacha coja y muda, delante de los obispos Gofredo de Langres y Enrique de Troyes. Por último, en Clairveaux á un niño sordo-mudo que se esperaba su llegada desde hacia quince dias (2).

Mientras el mismo santo estaba en Spiro, en donde obraba muchas curaciones milagrosas, llegó Anselmo, obispo de Havelberg. Tenia este un fuerte

1. Act. de S. Sebast.
2. Mabillon, ubi supra.

mal de garganta, de manera que apenas podia tragar ó hablar. Debiais curarme á mí tambien, le dijo á San Bernardo. Si tuviérais tanta fe como estas buenas mujeres, le contestó con agrado el santo abad, podria tal vez prestaros el mismo servicio. Si mi fe no basta repuso el obispo, que la vuestra me cure. Tocólo el santo, haciendo la señal de la cruz, y desaparecieron al instante el dolor y la inflamacion (1).

Esparcido por todo el cuerpo el sentido del tacto, es aquel que presenta mayor superficie á los ataques de la enfermedad. De qué manera detallar los males, mas dolorosos los unos que los otros á los cuales está expuesto! Por numerosos que sean, es consolador pensar que ninguno escapa al salvable poder de la señal de la cruz. En su virtud se reconoce á Aquel que curaba toda especie de enfermedades entre la gente del pueblo *omnem laug-norem in populo*.

Uno de los obispos mas santos y admirados que han gobernado la diócesis de Paris, San German,

1. Signavit cum Patter.... et continuo dolor omnisque tumor abscessit.—Vit. lib. VI, c. V, n. 19.

iba un dia á visitar á San Hilario de Poitiers, su digno colega. A su paso, llevaron dos hombres con mucho trabajo á una mujer muda y coja. No bien hubo hecho el santo la señal de la cruz, cuando la mujer recobró el uso de la palabra y de las piernas. Tres dias despues, pudo ir á dar las gracias á su benefactor. (1).

Igual milagro, observado por San Eutimio, el gran archimandrita de Palestina. Therebon, hijo del gobernador de los sarracenos de Arabia, estaba paralizado de la mitad del cuerpo desde su más tierna juventud. Habiendo oido hablar del santo abad, se hizo llevar á su presencia en compañía de su padre y de un grán número de bárbaros. El santo hizo la señal de la cruz sobre Terebon y le curó al instante. Esta curacion fué seguida de la conversion no solo del hijo y del padre, sino tambien de los sarracenos, compañeros de su viaje y testigos del milagro (2).

Mucho tiempo despues, San Vicente Ferrer obra-

1. Ut signum sanctae crucis expressit, confestiu omnis vigor per membra diffunditur.—Vita, c. XLV.

2. Fleury, Hist. eccl, lib. XXVI, n. 28.

ba en Francia el mismo prodigio que habia regocijado al Oriente. Cuando estaba en Nantes se le llevó un hombre paralítico desde hacia diez y ocho años, con el objeto de que le diera su bendicion. No tengo oro ni plata, dijo el santo al enfermo; pero ruego á Nuestro Señor os conceda la salud del cuerpo y del alma. Hízole en seguida la señal de la cruz en sus miembros. Inmediatamente, curado el paralítico, se enderezó, dió gracias á Dios y al santo, regresó á su casa y no volvió á sentir nada de su antiguo mal (1).

Es tal á veces la violencia del dolor, que ocasiona trasportes en el cerebro, y priva así al desgraciado hijo de Adán de la razon y de la salud. La señal de la cruz combate á la enfermedad en este nuevo atrincheramiento. Edacer, historiador de San Anselmo, arzobispo de Cantorbery, refiere de este santo varon, llendo á Cluny, curó con la señal de la cruz á una mujer que habia perdido el juicio y que estaba furiosa (2).

1. Mors multa ejus membra cruce consignat, et ille se sentit incolumis.—Vit., lib. IV.

2. Vit. S. Anselm. lib. II.

San Bernardo hizo igual cosa en Cechingen y en Colonia. Presentósele en esta última ciudad una mujer que se hallaba frenética desde la muerte de su marido y con motivo de esa muerte. La desgraciada volvía sus fuerzas contra ella misma, hasta el punto de que habia sido necesario tenerla encadenada. El santo se compadeció mucho, y poniéndole la señal de la cruz, le devolvió en el instante la calma y la razon (1).

El Verbo Redentor que el Evangelio con tanta frecuencia nos presenta curando las fiebres mas obstinadas, ha comunicado á la señal de la cruz la virtud de obrar el mismo prodigio. San Prix, obispo de Clermont en Auberina, habiendo ido al monasterio de Daronge en los Vosgos, encontró al abad Amarin tan fuertemente atacado de una fiebre maligna, que no podia ni andar ni tomar otra cosa que una poca de agua. El santo obispo recurrió á su arma ordinaria, y pagó con un milagro su arribo. Hizo la señal de la cruz en el enfermo, que se levantó completamente sano (2).

1. Mabillon, ubi supra, lib. IV. c. IV n. 33.

2. Cum vexillum crucis super aegrum fecisset, proti-

El mismo poder se observó en una enfermedad mucho mas grave que la fiebre y mas difícil de curar, la epilepsia. Durante la vida de San Malaquío, arzobispo de Armagli, que murió en Clairveaux, dice San Bernardo: "Antes de partir para Roma, en donde iba á recibir el palio de manos del papa Eugenio III, el santo arzobispo devolvió la salud á un epiléptico haciendo la señal de la cruz en el pecho de aquel desgraciado. Era presa de la enfermedad varias veces al dia."

El mismo San Bernardo obró un milagro igual en favor de una jóven de Troyes, en Champagne. Tan fuerte habia sido el mal que le habia quitado el uso de la palabra. El santo abad le impuso las manos, hizo sobre ella la señal de la cruz, y llena inmediatamente de salud, habló en presencia de los asistentes (1).

A ejemplo mio, curad á los leprosos habia dicho Nuestro Señor. Sus discípulos acogieron estas pa-

nus, fugata febre, sanatus aeger surrexit.—Vida de los SS. 25 de Enero.

1. Signavit eam statinque locuta est.—Mabillon, ubi supra, c. XIV n. 47.

labras cuya virtud divina ha pasado á la señal de la cruz. San Francisco Javier llenaba las Indias con el ruido de su nombre. Este ruido llegó á noticias de un leproso, que desde hacia algunos años buscaba en vano su curacion. No atreviéndose á presentarse en público conjuró al santo á que le fuera á ver.

Lleno de ocupaciones, no pudo Javier obsequiar los deseos de aquel hombre; pero le envió á uno de sus compañeros con la orden de preguntar al enfermo por tres veces si creeria en el Evangelio en el caso de que quedara sano. Si prometia abrazar la fé, debería el enviado hacer la señal de la cruz tres veces en su cuerpo. Todo pasó como lo habia ordenado Javier. Apénas hubo hecho la promesa el leproso, cuando su cuerpo quedó limpio como si nunca hubiera tenido lepra (1).

Antes de seguir adelante, creo conveniente querido amigo, colocar aquí una observacion de San Crisóstomo, aplicable á la curacion de las enfermedades ó al alejamiento de los accidentes y de las

1 Vida, lib. V, p. 349.

plagas por medio de la señal de la cruz. Si á pesar de su poder, y aunque sea hecha con las disposiciones convenientes, la señal de la cruz no cura siempre las primeras y no siempre aleja á las segundas, no es porque le falte virtud para ello, sino porque nos es útil ser probados (1).

El cáncer es una enfermedad no menos cruél y mucho mas comun que la lepra. No por esto resiste al poder de la señal de la cruz, á semejanza de las demas enfermedades humanas. Oye este hecho, referido por San Agustin, testigo ocular.

“En Cartago, dice, vivia una piadosísima señora de las mas ilustres familias de la ciudad, llamada Inocencia. Tenia en el seno un cáncer, mal horrible que los médicos consideraban incurable. Era preciso ó extraerlo de raiz ó emplear incesantemente linimentos para procurar algun alivio á la enferma. Ahora bien, según Hipócrates, cuando la enfermedad es evidentemente mortal, es inútil hacer sufrir al paciente.

1. *Morbis imp. raris terribile est hoc nomen, et si non habig rit morbum, non hinc est quod infirma sit hoc nomen, sed quod utilis est morbus.*—Ad Celos., II, hom., IX.

“Su médico, que era amigo íntimo de la familia, no le habia ocultado nada Inocencia, habíase vuelto á Dios por medio de la oracion, confiando á Él solo el cuidado de su alivio. Una noche, al aproximarse la Pascua, fue advertida en sueños se dirigiera al bautisterio del lado de las mujeres, en donde esperaban los catecúmenos, y se hiciera poner la señal de la cruz en el miembro enfermo por la primera de las neófitas que se presentara delante de ella. Obedeció, y en el instante quedó curada.

“El médico que le habia anunciado que su mal era incurable, al encontrarla completamente restablecido se apresuró á preguntarle qué remedio habia empleado. La señora lo relató lo que habia tenido lugar. Entónces, con aire indiferente que la hizo temer alguna palabra poco respetuosa para Nuestro Señor, contestó el médico: Ya me esperaba en lo que ibais á decirme algo de extraordinario. Pero viéndola mas y mas inquieta se apresuró á agregar: Qué tiene de sorprendente que Jesucristo haya curado un cáncer, cuando ha resucitado un muerto de cuatro días.” (1).

1. *Quid grande fuit Christus sanare cáncrum, qui qu*

Nunca mejor atestiguado ningun milagro: tuvo por testigo la ciudad entera.

A las enfermedades naturales vienen muy frecuentemente á agregarse para quitar al hombre la salud y la vida los ataques de los animales feroces ó venenosos. El remedio á sus heridas está tambien en la señal de la cruz. "El santo anacoreta Talacio, escribe Teodoreto, caminando de noche pisó á una víbora dormida. Despiértase furioso el reptil y clávale los dientes en la planta del pié. El santo se inclina, llevando la mano derecha á su herida. Muérdesela tambien la víbora, y no cuenta ya mas que con la izquierda para acudir en socorro de la derecha.

"Despues de haber saciado su rabia y de haberle hecho mas de diez heridas, el venenoso reptil se desliza en su agujero y deja á su víctima presa de intolerables dolores. No mas que en otras circunstancias, en esta, el servidor de Dios no creyó deber recurrir á la medicina. Para curar sus heridas se conformó con emplear los remedios de la fé: la señal

trideuanum mortum suscitabit?—De Civ. Dei, lib. XXII, c. VIII.

de la cruz, la oracion y la invocacion del nombre del Señor." (1).

Dueño Nuestro Señor de la vida, tambien lo es de la muerte. Este imperio soberano se encuentra en la señal de la cruz. Hé aqui lo que leemos en la vida de Santo Domingo: Estando en Roma, predicaba un dia en la antigua iglesia de San Márcos. Entre sus auditores se hallaba una dama romana, llamada Buttadona, que tenia una gran devocion por el servidor de Dios. Por oír el sermón, habia dejado enfermo á uno de sus hijos. A su regreso lo encontró muerto. Sin hacer estallar su dolor, tomó consigo á sus criadas y llevó á su hijo á Santo Domingo. Vuelve á encontrar al santo en la puerta del convento de San Sixto, pone al niño delante de él se prosterna y bañada en lágrimas le ruega le devuelva á su hijo. El santo, lleno de compasion, se arrodilla, y despues de una corta oracion hace la señal de la cruz sobre el niño, le toma de la mano, le levanta lleno de vida y lo devuelve á la madre recomendándole guardara un silencio absoluto.

1. See neque tunc passus est uti arte medica, sed vulneribus adhibuit sola Dei medicamenta, crucisque signaculum et orationem et Dei invocationem.—In Thalass.

Pero en el exceso de su felicidad, aquella dama publica el milagro, del que bien pronto está informada Roma entera (1).

Dos siglos después encontramos a San Juan Gualberto. Este noble y santo militar ha perdonado al asesino de su hermano. Recompénsale Dios con la vocación religiosa y el don de dos milagros. Sirvese de la señal de la cruz como de una espada contra el demonio. Furioso por sus numerosas derrotas, el gran homicida arma á sus subalternos, quienes durante la noche atacan el monasterio, queman la iglesia, demuelen los edificios, hiriendo á muerte á todos los religiosos. Acude el santo y con una señal de la cruz vuelve á todos la salud y la vida (2).

Comprenderás, querido Federico, que me conformo con citar una ó dos curaciones de cada enfermedad. Si quisiera referirlas todas, no bastarian para ello enormes volúmenes. San Agustín, Crisóstomo, San Cirilo, San Efren, San Gregorio de Niza, San Paulino y otros cien testigos del Oriente y

1. Vida de Santo Domingo, lib. II, cap. III.

2. Véase su vida.

del Occidente, en todos los siglos, prueban con millares de hechos que la señal adorable de Aquel que ha venido para curar toda enfermedad no ha dejado de devolver la vista á los ciegos, el oído á los sordos, la palabra á los mudos, la salud á los enfermos y la vida á los muertos.

Tal es la historia. Preciso es aceptarla tal como es, ó rasgar todas las páginas y caer en el escepticismo; ó preciso es tambien hacer otra mas sabia y mas verídica. Pregunta á tus condiscípulos si tienen fuerzas para emprender este trabajo, y después, cuando esté terminado, veremos.

Hasta mañana.